

**COMUNICACIÓN, CULTURA, SOCIEDAD:  
 FUNDAMENTOS CONCEPTUALES  
 DE LA POSTDISCIPLINARIEDAD**

**Dr. Raúl Fuentes Navarro**  
 Instituto Tecnológico de  
 Estudios Superiores  
 de Occidente  
[raul@iteso.mx](mailto:raul@iteso.mx)

Que el estudio de la comunicación en la sociedad tiene un origen *multidisciplinario*, es parte constitutiva, incuestionable, de cualquier acercamiento académico a este campo tan extensamente cultivado a partir de la segunda mitad del siglo XX, pero en el que la reflexión sobre las implicaciones —teóricas y prácticas— de esta condición parecen haber estado siempre, si acaso, en un segundo plano de importancia. La prioridad, a veces conscientemente pero la mayor parte de las veces inconscientemente, ha estado puesta por los agentes académicos en el desarrollo de alguna de varias concepciones *instrumentales* de la comunicación, paradójicamente asociadas a una tendencia común hacia la *disciplinización* de los estudios, es decir, a la construcción y ejercicio de sistemas de representaciones —teóricas y prácticas— de la comunicación, principalmente para la formación de los especialistas del campo, como una “realidad” aislable de los factores socio-culturales en función de los cuales se instrumentaliza.

Este texto pretende suscitar o continuar una discusión reflexiva que, desde América Latina, aunque en el contexto de la globalización, contribuya a clarificar los marcos conceptuales y éticos del estudio académico de la comunicación, que *ciertamente no provienen de estos países*. Para ello se expone, en primer lugar, una interpretación histórica de los procesos de su disciplinización e instrumentalización como tendencias al mismo tiempo inconsistentes e impertinentes. De ahí, en una segunda parte, la propuesta de una perspectiva *sociocultural* para el estudio de la comunicación, centrada en su carácter constitutivo de las estructuras de la vida social y, en la tercera sección, la de

un acercamiento *postdisciplinario* que, desde la práctica de la investigación, facilite la articulación de los saberes necesarios para dar cuenta, sistemática y rigurosamente, de esa “constitución comunicacional del mundo”.

### **La disciplinarización de la comunicación instrumental**

Cada época histórica y cada tipo de sociedad tienen la configuración comunicacional que se merecen. Esta configuración, con sus distintos niveles, ya sean de carácter económico, social, técnico o mental, y sus distintas escalas, local, nacional, regional o internacional, produce un concepto hegemónico de comunicación. En el paso de una configuración a otra, interesa destacar las continuidades y las rupturas. Al hilo del tiempo estudiado, el concepto se habrá reconvertido más de una vez en una figura inédita, sin abstraerse por ello de los elementos presentes en el modo de comunicación anterior. (Mattelart, 1995, 11-12).

El “concepto hegemónico de comunicación” de nuestra “época histórica y tipo de sociedad”, resumido en la idea de la difusión o el intercambio de “mensajes” ha sido, como otros, puesto en crisis tanto desde dentro como desde fuera de la academia en los últimos años. No es posible ya sostener, bajo ninguna circunstancia, y con mayor razón si se trata de un discurso didáctico, reducciones conceptuales que en otra época funcionaron como emblemas de una “nueva ciencia”, construida sobre “una de las más activas encrucijadas en el estudio del comportamiento humano” (Schramm, 1963: 12), a la manera paradigmática de Wilbur Schramm:

En su forma más simple, el proceso de comunicación consiste en un transmisor, un mensaje y un receptor. El transmisor y el receptor pueden incluso ser la misma persona, como sucede cuando un individuo piensa o habla consigo mismo. Pero el mensaje está en alguna etapa del proceso, separado tanto del transmisor como del receptor (Schramm, 1963: 17).

Schramm es reconocido, para bien y para mal, como el verdadero “padre fundador” de los estudios de la comunicación, al haber logrado su institucionalización en las universidades norteamericanas de la posguerra, tanto en la forma de programas de forma-

ción profesional como, sobre todo, de programas de investigación a partir de los años cincuenta (Rogers, 1994; Schramm, 1997). El carácter instrumental de estos estudios y del concepto central de comunicación sobre el que se fundaban, puede muy bien identificarse en las descripciones didácticas de Schramm, quien con toda simplicidad prescribía que “la investigación de comunicación (...) trata de cómo se puede ser efectivo en la comunicación, cómo ser comprendido, cómo ser claro, cómo usa la gente los medios efectivos de comunicación, cómo pueden entenderse entre sí las naciones, cómo puede usar la sociedad los medios de masa con la mayor ventaja y, en general, cómo trabaja el proceso básico de la comunicación” (Schramm, 1963: 24).

Si bien Schramm reconocía de entrada que “la comunicación es un proceso —quizá *el* proceso— social fundamental. Sin la comunicación, no existirían los grupos humanos y las sociedades”, por lo que su estudio era necesariamente multidisciplinario, pues “difícilmente se puede teorizar o proyectar investigación en un campo cualquiera del comportamiento humano, sin hacer algunas suposiciones acerca de la comunicación humana” (Schramm, 1963: 12), y reconocía como “fundadores” del campo a científicos sociales y del comportamiento adscritos a disciplinas ya bien establecidas (Lasswell, Lazarsfeld, Hovland y Lewin) (Schramm, 1997), hizo todo lo posible por convertir al estudio de la comunicación en un campo disciplinario con sus propios parámetros y fronteras bien definidas, especialmente al fundar institutos de investigación en varias de las universidades norteamericanas más prestigiadas, dirigir las primeras tesis de doctorado orientadas centralmente hacia la exploración de “variables comunicacionales”, escribir y compilar los libros de texto constitutivos del campo, y contribuir decisivamente a la fundación o refundación de asociaciones académicas y profesionales y revistas especializadas en la investigación de la comunicación, es decir, al impulsar su *institucionalización* (Rogers, 1994) en la línea de un campo disciplinario con vocación transdisciplinaria (Moragas, 1981).

Estos afanes y logros, reconocidos como el núcleo genérico de la “Mass Communication Research” (Pietilä, 1994), la corriente hegemónica en el estudio de la comunicación en el mundo anglosajón, y desde ahí impuesto al resto del mundo, han sido fuertemente criticados desde diversas posturas epistemológicas, teóricas, políticas e ideológicas, desde la época de su origen y

hasta la fecha. Entre otros, muchos analistas norteamericanos comparten una preocupación creciente por la relación entre el crecimiento institucional y el desarrollo teórico, pues son evidentes desde hace tiempo la fragmentación y desnivelación del campo (Paisley, 1984). En un artículo titulado, significativamente, "*Fuentes institucionales de la pobreza intelectual en la investigación de la comunicación*", John Durham Peters observaba hace más de una década tres principales fuentes de esa pobreza intelectual: en primer lugar, la *institucionalización* impulsada por Wilbur Schramm, que privilegió la definición de políticas y aplicaciones de la comunicación, más que la reflexión y la teorización crítica. Al respecto, el diagnóstico en síntesis de Peters es despiadado: "El afán del campo por sobrevivir ha sido el encarnizado enemigo del desarrollo teórico. Lo que sobrevive es un fruto de la ambición más que del sentido" (Peters, 1986: 538). Desde otro ángulo, Everett Rogers ha señalado que la tarea principal del naciente campo de la investigación de la comunicación fue "gastar los millones de dólares generados por la producción petrolera" que Rockefeller donó para financiarla (Rogers, 1993).

La segunda "fuente de la pobreza intelectual" está en los *usos de la teoría de la información* (Shannon, 1949), que otra vez Wilbur Schramm identificó con los estudios de comunicación, siendo una innovación de la ingeniería eléctrica que, desde su publicación en 1948, fue diseminada a prácticamente todas las ciencias (físicas, biológicas y sociales), las artes, las humanidades y la filosofía (Wiener, 1948, 1950).

La pandisciplinaria teoría de la información y la investigación de la comunicación institucionalizada tiraban en direcciones opuestas: la una, interesada en la teoría universal, la otra, en el territorio particular. Sin embargo, el joven campo no pudo sino aprovecharse del interés en la "comunicación" que despertó la teoría de la información. De pronto se encontró a sí mismo hablando en el mismo vocabulario informacional que todos los demás (...) Nadie cree más en *emisores* y *receptores*, *canales* y *mensajes*, *ruido* y *redundancia*, pero esos términos han llegado a ser parte de la estructura básica del campo, en libros de texto, programas de cursos y revisiones de literatura (Peters, 1986: 540).

La auto-reflexión como *apologética institucional* es la tercera "fuente de pobreza intelectual" del campo de la comunicación señalada por Peters, por la cual la conservación del campo para estudiar fenómenos que la sociología, la psicología social o la antropología habían ya adoptado como propios y los habían abordado con sus propios métodos, tomó el lugar de la teoría, imposible de construir en términos de "comunicación masiva". De manera que "el campo que Schramm construyó consistió en las sobras de la investigación previa, apareadas con campos desposeídos como el periodismo académico, el drama o la oratoria [speech] (dependiendo de la universidad específica)" (Peters, 1986: 544).

La inusitada crítica de Peters a Wilbur Schramm y su "herencia" (el campo de la investigación de la comunicación) apunta, más allá de la virulencia contra el "padre fundador", fallecido en 1988, a un factor centralmente importante, la *constitución teórica*, que reafirma en una respuesta a un crítico de su artículo: "En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus 'ideas interesantes' fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el periodo formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico. Durante el tiempo en que hubo amplia teorización interdisciplinaria sobre la comunicación, el campo se distinguió de esa teorización y se otorgó a sí mismo una designación institucional. El único uso que tuvo la teoría de la información en el campo fue el de un escudo de armas académico" (Peters, 1988). La propuesta final de Peters es "dar sustancia, vía la teoría, a los conceptos centrales del campo", definir "lo comunicativo", y "propiciar una anarquía en los conceptos centrales, libre de toda intromisión institucional, e insistir en la vitalidad intelectual de tal anarquía. Todo vale, se diría, con tal de que sea de alta calidad" (Peters, 1988: 316).

Años después, y desde la reflexión histórica en el campo aledaño de la investigación en educación, se sigue alimentando el debate crítico sobre el campo de la comunicación y su disciplinarización, lo que ha permitido problematizar muchos de los supuestos en que no sólo se fundamentó su institucionalización en ese país, sino también en todos aquellos a los que se exportó su modelo, como los latinoamericanos. Un buen ejemplo de la extensión y profundidad que ha alcanzado ese debate es el trabajo de Timothy Glander sobre los *Orígenes de la investigación de la*

*comunicación de masas durante la guerra fría norteamericana, sus efectos educativos e implicaciones contemporáneas*, un estudio publicado recientemente (Glander, 2000). En medio de la gran cantidad de revisiones históricas del campo disponibles en Estados Unidos, este trabajo de Glander tiene la particularidad de cuestionar las bases de la *divergencia* inducida entre los estudios de comunicación y los de educación.

La educación y la comunicación están fundamentalmente vinculadas, inescapablemente afiliadas en la teoría y en la práctica. Los filósofos de la educación, de Sócrates a Dewey y Freire, lo han reconocido así y han tratado de clarificar esta relación. La educación y la comunicación no pueden ser separadas, aunque nuestras disposiciones académicas presentes hagan creer que pueden ser segregadas. La organización contemporánea del conocimiento sugiere que educación y comunicación son fenómenos distintos, que pueden ser estudiados y practicados en aislamiento mutuo. Este libro cuenta parte de la historia de cómo y por qué ocurrió esta división, qué ocasionó el divorcio, y cómo afectó la emergencia y crecimiento del nuevo campo de la comunicación a los asuntos educativos en el siglo XX. El objetivo primordial es recuperar una comprensión que señale la conexión esencial entre comunicación y educación y sea capaz de develar los intereses que se han beneficiado con su separación. (Glander, 2000: x).

A diferencia de muchas de las historias del campo de la comunicación escritas desde su "interior", la obra de Glander interpreta las decisiones que guiaron su institucionalización en el contexto de la II Guerra Mundial en un sentido estrictamente político, en relación con la disyuntiva entre educación y *propaganda*. Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance de los mecanismos propagandísticos, y no de los educativos, y de conseguirse no sólo los apoyos políticos y financieros, sino también la legitimación académica de la investigación con este sesgo, la separación quedó establecida y el modelo consolidado, primero en Estados Unidos y luego, en el resto del mundo. La revisión de las trayectorias profesionales y las publicaciones de los fundadores del campo, especialmente Wilbur Schramm, permite documentar la hipótesis y abrir de nuevo preguntas cruciales, como por ejemplo, las que tienen que ver con los efectos sociales de la televisión, que tienen una

explicación obviamente muy distinta si se los interpreta desde la consideración de la comunicación como propaganda o como educación.

En términos de la formación de profesionales y de investigadores de la comunicación, estos cuestionamientos tienen una alta relevancia actual, porque en palabras de Glander exigen revisar a fondo “el universo de discurso en el que crecimos” (Glander, 2000: 179-201) y que a pesar de los esfuerzos de muchos de autores más críticos del campo, tiene una inercia ideológica terriblemente tenaz. Probablemente, el *fracaso* del intento realizado en los años treinta por integrar el servicio a fines instrumentales de la comunicación y el pensamiento crítico, esté en la raíz de esta situación. Se trata de la famosa distinción —y relación— entre la “investigación administrativa” y la “investigación crítica”, que ideó y trató de institucionalizar Paul Lazarsfeld desde la Oficina de Investigación de la Radio de la Universidad de Columbia, donde integró por un tiempo a Theodor Adorno, filósofo líder de la Escuela de Frankfurt.

Lazarsfeld partía de la constatación de que prácticamente toda la investigación que se había hecho desde los años veinte sobre los medios de comunicación masiva (radio, prensa y cine), se basaba en la “noción de que los modernos medios de comunicación son herramientas manipuladas por personas o agencias para determinados propósitos. El propósito puede ser la venta de bienes, o elevar los niveles intelectuales de la población, o asegurar la comprensión de las políticas gubernamentales, pero en todos los casos, para alguien que usa un medio para algo, es la tarea de la investigación hacer que la herramienta sea mejor conocida, y por tanto facilitar su uso” (Lazarsfeld, 1941: 3). Llamó a este tipo de investigación “investigación *administrativa*”, la que “se realiza al servicio de algún tipo de agencia administrativa, de carácter público o privado” y que había ya dado lugar a cuestionamientos sobre la significación social de los propósitos hacia los que se había dirigido (Lazarsfeld, 1941: 8).

La “investigación *crítica*”, identificada por Lazarsfeld sobre todo con las propuestas de Adorno y de Max Horkheimer, se oponía a la práctica de la investigación administrativa exigiendo que, “antes y además de servir a cualquier propósito específico, debía estudiarse el papel general de los medios de comunicación en el sistema social actual” (Lazarsfeld, 1941:9). Para Lazarsfeld, había

dos diferencias de la investigación crítica con respecto a la administrativa: “desarrolla una teoría de las tendencias sociales prevalentes en nuestro tiempo, tendencias generales que requieren ser tomadas en consideración en cualquier problema concreto de investigación; y parece implicar ideas de valores humanos básicos, de acuerdo con los cuales deberían apreciarse todos los efectos reales o deseados” (Lazarsfeld, 1941: 9). Sin mencionar adscripciones ideológicas ni las circunstancias que habían llevado a los autores de la Escuela de Frankfurt a Estados Unidos, Lazarsfeld se ve obligado a observar que:

Para comprender con claridad la idea de la investigación crítica, uno debe darse cuenta de que está siendo propuesta por hombres que tienen la idea, siempre presente ante ellos, de que lo que más necesitamos es hacer y pensar lo que consideramos verdadero y no ajustarnos a lo aparentemente inevitable (Lazarsfeld, 1941: 10).

Sobre esa base, y elaborando sobre los elementos que deberían o podrían integrarse en la formación de jóvenes investigadores, Lazarsfeld propone la integración de premisas críticas en la investigación administrativa, pues “bien podría ser que estuviéramos tan ocupados buscando nuestro lugar en la sociedad de acuerdo con patrones establecidos de éxito, que nada es más importante en este momento que recordarnos los valores culturales básicos que son violados, de la misma manera que fue de importancia histórica decisiva hace cien años recordar a las clases medias inglesas que no estaban percibiendo los sacrificios que debieron hacer los nuevos estratos de trabajadores industriales cuando se construyó el moderno mundo industrial” (Lazarsfeld, 1941: 13). El artículo de Lazarsfeld, publicado en la revista de los “frankfurtianos”, termina con la expresión de un proyecto en buena medida fallido:

Si hubiera alguna regla de oro en el trabajo intelectual, debería ser el consejo de nunca desechar las críticas sin antes agotar todas las posibilidades constructivas que pudieran estar implicadas en los puntos de vista de otra persona. Estas observaciones fueron escritas con el propósito de clarificar algunas de las dificultades experimentadas al formular en lo que consiste la investigación crítica y en buscar su mejor lugar en un esquema de integración general de todos los esfuerzos. El autor, cuyos intereses



y tareas profesionales están en el campo de la investigación administrativa, quiso expresar su convicción de que hay aquí un tipo de acercamiento que, si fuera incluido en la corriente general de la investigación de la comunicación, podría contribuir mucho en términos de problemas desafiantes y de nuevos conceptos, útiles para la interpretación de los datos conocidos y en la búsqueda de nuevos datos (Lazarsfeld, 1941: 16).

A pesar, entonces, de que a lo largo de más de un siglo se ha debatido en Estados Unidos la insuficiencia de los elementos considerados como fundamentos y como orientaciones de la investigación de la comunicación, y de que su institucionalización presenta incontables inconsistencias, todo lo cual puede ayudar a explicar la indudable dinámica de crecimiento y "agitación" permanente que la caracteriza, las concepciones instrumentales de la comunicación prevalecen y son éstas, en su múltiple variedad de alcances y supuestos, las que constituyen el núcleo de una *disciplinización* probablemente eficiente y funcional, pero cuyo futuro parece depender cada vez más de su capacidad de "diálogo" e interacción con otras disciplinas, que en su mayoría se empeñan en ignorarla, a pesar de los cambios en la conformación del mundo, como lo señala Jesús Martín Barbero:

En la nueva percepción del espacio y el tiempo que configura el fin de siglo se despliega un mapa de síntomas y desafíos para las ciencias sociales, una agenda nueva para la investigación. Y especialmente en el rechazo de las ciencias sociales a hacerse cargo de la *cultura comunicacional* hay algo más que el déficit de legitimidad académica que padece como "objeto" reciente. Pareciera más bien que sociólogos y antropólogos percibieran oscuramente el estallido de las fronteras que aquella entraña -incluidas las de sus campos de estudio- por la configuración de objetos móviles, nómadas, de contornos difusos, imposibles de encerrar en las mallas de un saber positivo y rígidamente parcelado. Hacia allá apunta el desafío: hay en las transformaciones de la sensibilidad que emergen en la *experiencia comunicacional* un fermento de cambios en el saber mismo, el reconocimiento de que por allí pasan cuestiones que atraviesan por entero el desordenamiento de la vida urbana, el desajuste entre comportamientos y

creencias, la confusión entre realidad y simulacro (Martín Barbero, 2001).

## **El reconocimiento de la constitución comunicativa**

Nuestros modelos existentes de comunicación son menos un análisis que una contribución al caos de la cultura moderna, y de maneras importantes estamos pagando el castigo por el largo abuso de los procesos comunicativos fundamentales al servicio de la política, el comercio y la terapia (Carey, 1989: 34).

James Carey, reconocido como uno de los fundadores en Estados Unidos de los estudios culturales como corriente para el estudio de la comunicación, distinguía ya en 1975 dos concepciones alternas de comunicación, ambas derivadas del pensamiento religioso, que él llamo la visión "transmisional" y la visión "ritual". La primera, más común en las culturas industrializadas, define la comunicación como sinónimo de "impartir", "emitir", "transmitir" o "dar información a otros", mientras que la segunda, ancestral, lo hace en términos de "compartir", "participación", "asociación", "camaradería" y "la posesión común de una fe" (Carey, 1989: 14, 18). El núcleo de la primera visión es la transmisión de señales o mensajes a distancia con propósitos de control (en su origen, religioso o teológico, y después económico y político) y está asociado al transporte, a la extensión de los mensajes en el espacio. Por su parte, la visión ritual se orienta hacia el mantenimiento de la sociedad en el tiempo. Su núcleo está en la expresión o representación de creencias compartidas, en la "comunidad", en la cultura.

Carey recurre, para desarrollar su comprensión de la comunicación como cultura, a autores norteamericanos como John Dewey o Clifford Geertz, pero hace explícita su deuda intelectual con Raymond Williams, quien al fundar los estudios culturales británicos unos años antes, había reformulado la relación conceptual entre la comunicación y la educación con la cultura y la sociedad:

La comunicación comienza en la lucha por aprender y por describir. Para empezar este proceso en nuestras mentes y hacer pasar sus resultados a otros, dependemos de ciertos modelos de comunicación, ciertas reglas o convenciones a través de las cuales podemos establecer

el contacto. Podemos cambiar estos modelos cuando se vuelven inadecuados o podemos modificarlos y extenderlos. Nuestros esfuerzos para hacer eso, y para usar los modelos existentes con éxito, se lleva una gran parte de nuestra energía vital... Más aún, muchos de nuestros modelos de comunicación se convierten, en sí, en instituciones sociales. Ciertas actitudes hacia otros, ciertas formas de expresión, ciertos tonos y estilos se incorporan en instituciones que tienen entonces un gran poder de efecto social... Estos supuestos discutibles frecuentemente están incorporados en instituciones sólidas y prácticas, que entonces enseñan los modelos que las originaron (Williams, 1966: 19-20).

Williams, Stuart Hall y el grupo de investigadores reunidos alrededor del centro fundado en la Universidad de Birmingham para estudiar no la "comunicación" o menos la "comunicación de masas", sino las "culturas contemporáneas", impulsaron el desarrollo de una visión crítica sobre la comunicación en la sociedad, políticamente orientada por la "Nueva Izquierda" neomarxista y centrada en el estudio de las "culturas de la clase obrera" y una perspectiva histórica sobre las relaciones entre cultura e ideología. Esta corriente ha tenido creciente impacto en la teoría y la investigación norteamericana de la comunicación, pero de manera limitada dado su carácter crítico y, es importante señalarlo, multidisciplinario. Hanno Hardt (1992), historiador de los estudios críticos de la comunicación en Estados Unidos, resume así la visión de Raymond Williams sobre la comunicación:

Williams (1974) abordó la complejidad y problematicidad del estudio de la comunicación a través de las prácticas lingüísticas de los individuos hacia las instituciones de medios, sugiriendo que su apertura invitaba al estudio de "cualquier cosa que pueda ser aprendida sobre la base de esa práctica", desde los "procesos del lenguaje" hasta los efectos de "tecnologías particulares". Así, la comunicación cae dentro de la cultura, porque está "concernida con la práctica y con las relaciones entre prácticas" (Hardt, 1992: 181).

Un analista británico de la corriente de los estudios culturales ha sintetizado recientemente los constitutivos de su proyecto intelectual, contrastándolos con los de la crítica cultural europea

(*Kulturkritik*) que la antecedió y “contra” la cual se propuso. Para Francis Mulhern (2000: xviii)

Los estudios culturales han favorecido una expansión radical del campo de la indagación relevante, y una ética estrictamente igualitaria de atención dentro de él. Cualquier forma o práctica de significación es en principio elegible, sin ninguna prejuiciosa prueba de “calidad”. Pero estos estudios tienen una misión que no es sólo sociológica o antropológica. El propósito que justifica a los estudios culturales ha sido revocar los privilegios históricos de “la cultura con C mayúscula” (el valor soberano de la *Kulturkritik*) y reivindicar los significados y valores activos de la mayoría subordinada (las llamadas “masas”) como elementos centrales de un posible orden alternativo. El “poder” es indisoluble del significado, en esta perspectiva, que es así, necesariamente, “política”.

Probablemente el aporte fundamental de los estudios culturales, en su vertiente británica, estadounidense o latinoamericana, para los estudios de la comunicación, sea apuntar hacia un marco de interpretación (precisamente, *sociocultural*) que, por una parte, reintegre conceptual y metodológicamente la *diversidad* política, cultural y existencial de los *agentes* de la comunicación, y por otra permita *imaginar* las dimensiones de la acción comunicativa en términos *constitutivos* y no sólo *instrumentales* de las prácticas sociales. Una de las propuestas de síntesis de la teoría social contemporánea que pueden facilitar esta reformulación, es la teoría de la estructuración de Anthony Giddens, que ha sido incorporada como base del desarrollo de dos de las propuestas teóricas sobre la comunicación y los medios en la sociedad contemporánea que con mayor consistencia parecen avanzar en los últimos años: la *teoría interaccional de los medios de comunicación*, del británico John B. Thompson (1995), y la *semiótica social de la comunicación de masas* del danés Klaus Bruhn Jensen (1995).

La teoría de la estructuración recupera la noción de que el agente humano es capaz de dar cuenta de su acción y de las causas de su acción. La teoría de Giddens reconoce que los esquemas interpretativos incluyen esquemas ya interpretados por los actores sociales, y relaciona tres grandes “estructuras” institucionales de la sociedad: las de *significación*, *dominación* y *legitimación*, con tres modelos de interacción: *la comunicación*, *el poder* y *la*

*sanción* respectivamente, a través de las “modalidades” o “mediaciones” de los *esquemas interpretativos, los medios y las normas* (Giddens, 1984).

En este marco, lo que los sujetos saben sobre su propia actividad es constitutivo de su práctica, pero esta capacidad de conocer está siempre delimitada institucionalmente. De ahí la importancia del concepto de “conciencia práctica”, es decir, “todo lo que sabemos como actores sociales que hace que suceda la vida social, pero a lo que no necesariamente le damos forma discursiva” (Giddens, 1989: 57). Por ello la ciencia social, para Giddens y sus seguidores, tiene tareas *etnográficas* fundamentales, pues puede dar forma discursiva a aspectos del “conocimiento mutuo” que los actores emplean de una manera no discursiva en su conducta. De este “conocimiento mutuo” entre los sujetos depende, nada menos, que las actividades sociales tengan *sentido* en la práctica. Y la comunicación, esencialmente, consiste en esa producción en común de sentido. Su investigación y teorización no pueden entonces limitarse al estudio de los medios (tecnológicos o no, “nuevos” o no) que los sujetos sociales usan para generar el sentido de su actividad y, necesariamente por ello, de su propia *identidad*.

Desde esta perspectiva, rearticular los procesos subjetivos e intersubjetivos de *significación*, a través de los *esquemas perceptuales e interpretativos* que en cada sector cultural median las relaciones posibles con las estructuras y los sistemas objetivos de procesamiento y difusión de la *información*, es una clave que, además de restituir la *complejidad* de los procesos socioculturales en los modelos de comunicación, puede servir para enfatizar la *agencia* o acción transformadora implícita en las *prácticas de comunicación*, es decir, en la interacción material y simbólica entre sujetos concretamente situados, que supone la recurrencia por parte de ellos tanto a sistemas informacionales como a sistemas de significación, cuya competente *mediación* determina la producción y reproducción del sentido: el de las prácticas socioculturales de referencia y el de la comunicación misma.

De esta manera, también, desplazando epistemológica y metodológicamente el foco del análisis comunicativo de los medios y los mensajes a los sujetos sociales y los procesos de producción de sentido, podrá abordarse el estudio de la comunicación como

ejercicio práctico de la *reflexividad* comunicativa. Así pues, desde esta perspectiva, el escenario estratégico primordial para repensar la comunicación no puede ser otro que el diseño de una *metodología comunicacional*, sobre la cual hay ya fundamentos conceptuales y avances probados y para la cual ciertas características actuales y potenciales de las redes telemáticas parecen prestarse admirablemente, y que se sustentaría en un marco *postdisciplinario* emergente.

### **La reestructuración post-disciplinaria del estudio de la comunicación**

Hoy la extensión y el significado de la comunicación se han vuelto virtualmente incontenibles. Estudiar comunicación, como se evidencia cada vez más ampliamente, no es sólo ocuparse de los aportes de un conjunto restringido de medios, sea a la socialización de los niños o los jóvenes, sea a las decisiones de compra o de votación. Ni es sólo involucrarse con las legitimaciones ideológicas del Estado moderno. Estudiar comunicación consiste, más bien, en elaborar argumentos sobre las formas y determinaciones del desarrollo sociocultural como tal. El potencial del estudio de la comunicación, en suma, converge directamente, y en muchos puntos, con los análisis y la crítica de la sociedad existente en todas sus modalidades (Schiller, 1996: vii).

La *Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*, presidida por Immanuel Wallerstein, señala en su informe final, en junio de 1995, que los tres “problemas teórico-metodológicos centrales en torno a los cuales es necesario construir nuevos consensos [h]eurísticos a fin de permitir avances fructíferos en el conocimiento” son la *relación* entre el investigador y la investigación, la *reinserción del tiempo y el espacio* como variables constitutivas internas en el análisis, y la *superación de las separaciones artificiales* entre lo político, lo económico y lo sociocultural (Wallerstein, coord, 1996: 81-83). Una “metodología comunicacional” no puede eludir ninguno de estos tres problemas.

Wallerstein formula la relación entre el investigador y la investigación en función de un “reencantamiento del mundo” que reconozca la imposibilidad de la “neutralidad” del científico:

Ningún científico puede ser separado de su contexto físico y social. Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla. Toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos. Con el tiempo, la creencia generalizada en una neutralidad ficticia ha pasado a ser un obstáculo importante al aumento del valor de verdad de nuestros descubrimientos, y si eso plantea un gran problema a los científicos naturales, representa un problema aún mayor a los científicos sociales. Traducir el reencantamiento del mundo en una práctica de trabajo razonable no será fácil, pero para los científicos sociales parece ser una tarea urgente (Wallerstein, coord, 1996: 82).

Seguramente esta propuesta no parece ajena a ningún investigador latinoamericano de la comunicación, como no lo es tampoco la integración espacio-temporal o la articulación de las diversas dimensiones de la existencia social. Las "tradiciones intelectuales" más ricas de nuestro campo se han fundamentado, precisamente, en postulados como estos, que son las bases de sustentación tanto axiológica como teórica de la metodología comunicacional que proponemos para impulsar sistemáticamente unas prácticas socioculturales que, como ha sugerido Jesús Martín Barbero, contribuyan a disminuir las *desigualdades* y a incrementar las *diferencias* entre los seres humanos (Martín Barbero, 1992).

Desde los trabajos pioneros de Armand Mattelart, Antonio Pasqualí, Eliseo Verón, Luis Ramiro Beltrán o Paulo Freire, los criterios de *pertinencia social* han sido una constante en el estudio latinoamericano de la comunicación, si bien es necesario también afinar y extender los criterios de *rigor científico* que impidan caer nuevamente en los extremos discursivos ultraideologizados de los años setenta o en las sofisticadas metáforas hoy de moda. Sobre esta línea, apuntamos algunos "goznes" o articulaciones metodológicas que se perfilan en ciertas prácticas concretas de investigación de la comunicación como constitutivos de una perspectiva sociocultural emergente.

El primero de estos "goznes" conceptuales, que aparece como esencial para relacionar en la investigación los postulados teóricos con la generación de datos empíricos (*observables*) sobre los procesos de comunicación, es el de la *cotidianidad*,

cuyo "itinerario" intelectual se remonta a la fenomenología y que ha sido relacionado por Habermas, a través del término "mundo de la vida", con la *acción comunicativa*.

La acción comunicativa se basa en un proceso cooperativo de interpretación en que los participantes se refieren simultáneamente a algo en el mundo objetivo, en el mundo social y en el mundo subjetivo aun cuando en su manifestación sólo subrayen temáticamente uno de esos tres componentes. Hablantes y oyentes emplean el sistema de referencia que constituyen los tres mundos como marco de interpretación dentro del cual elaboran las definiciones comunes de su situación de acción (Habermas, 1989: 171).

La densidad significativa de la vida cotidiana y los procesos por los cuales los sujetos "construyen socialmente la realidad" y le dan *sentido* tanto a lo que hacen como a lo que perciben, ha sido largamente reconocida y elaborada por las diversas tradiciones antropológicas y sociológicas interpretativas que confluyen con estudios del lenguaje y la comunicación en el análisis de las *prácticas sociales* y sus relaciones con los sistemas culturales o de significación. Estas confluencias, una vez reconocidas y asimiladas, pueden ser la base para la superación de la concepción única o predominantemente *instrumental* y no *constitutiva* de la comunicación en la vida social.

El diseño metodológico para investigar la comunicación en la vida cotidiana en tanto relación constitutiva del ser (al menos social), representa un reto mayor, al que no obstante ha habido acercamientos altamente rigurosos y promisorios, como el ya mencionado de Giddens en la teoría de la estructuración. El énfasis en este acercamiento está puesto en un sujeto *competente*, que mediante su *conciencia práctica* posee un gran conocimiento acerca de las condiciones y las consecuencias de sus acciones en la vida cotidiana. Esta "conciencia práctica" es extraordinariamente compleja, "complejidad que con frecuencia permanece inexplorada en los acercamientos sociológicos ortodoxos" (Giddens, 1993: 281), y en cuyo estudio sistemático reside una rica posibilidad de desarrollo para una *metodología comunicacional*.

A partir del mismo ámbito conceptual puede formularse, articuladamente, un segundo "gozne" metodológico para la



investigación sociocultural de la comunicación, que a su vez puede fomentar la incorporación de aportes provenientes de la semiótica y la lingüística como el modelo de las *competencias discursivas*. En términos comunicativos, este eje atraviesa la categoría de *usos*, no sólo como relación de *lectura* de un mensaje por un sujeto, sino como capacidad de apropiación, aprovechamiento y transformación de los *sistemas* de comunicación, a su vez constituidos por sistemas de transmisión y procesamiento de información y por sistemas de significación, convencionalmente (es decir, *socioculturalmente*) articulados (Eco, 1977).

En la terminología de Giddens, los *esquemas interpretativos* “son los modos de tipificación incorporados en los repertorios de conocimiento de los actores, aplicados reflexivamente en el sostenimiento de la comunicación” y son inseparables, como “modalidades” de la estructuración significativa de los medios o *recursos* de dominación y de las *normas* de la legitimación. De esta manera, la comunicación, el poder y la sanción (moral), dimensiones constitutivas de la interacción social, confluyen en la *estructuración* de los sistemas sociales a través de la *institucionalización discursiva, político-económica y legal* (Giddens, 1984: 29-31).

La *agencia* es, en la teoría de la estructuración, la capacidad del actor “para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio”, pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). “Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida” (Sewell, 1992).

El concepto de *agencia* y las *competencias* que pueden postularse y analizarse como sus constitutivos en la práctica comunicativa permiten sustentar un concepto de *usos* que articule las relaciones de los sujetos con los sistemas de comunicación sin aislar estas relaciones de las estructuras y prácticas de dominación y de legitimación, porque “las transposiciones de esquemas y las removilizaciones de recursos que constituyen la *agencia* son siempre actos de comunicación con otros. La

agencia conlleva una capacidad para coordinar las acciones propias con otros y contra otros, para formar proyectos colectivos, para persuadir, para coaccionar, y para monitorear los efectos simultáneos de las acciones propias y las de otros. Más aún, el alcance de la agencia ejercida por personas individuales depende profundamente de sus posiciones en las organizaciones colectivas” (Sewell, 1992: 21).

Con esto puede resultar suficientemente expuesta la necesidad de una tercera articulación o “gozne” metodológico en la investigación de la comunicación: la constitución de las *identidades* sociales de los sujetos, en cuanto participantes (*agentes*) en distintos grados y modalidades, de la estructuración social mediante prácticas (interacciones) comunicativas. Con los aportes de las numerosas disciplinas y corrientes de pensamiento que han contribuido a formular el concepto de identidad en el contexto teórico de la *subjetividad* y, por necesidad, de la intersubjetividad, es posible integrar nuevos modelos de comunicación que aborden las prácticas de interacción social, articuladamente, desde sus constitutivos *sistémicos* o *estructurales* (objetivos) y desde la *intersubjetividad* en la producción social de sentido.

Mediante el desarrollo de modelos metodológicos que reconceptualicen la comunicación a partir de “goznes” como los indicados, será posible, *en la práctica de la investigación*, integrar sistemáticamente las herramientas de producción de conocimiento que avancen en la superación de dicotomías como las que oponen el objetivismo y el subjetivismo, lo macroestructural y lo microsocia, lo económico-político y lo simbólico-cultural, o lo cuantitativo y lo cualitativo. Una propuesta “ejemplar” en este sentido es la generada por John B. Thompson como “marco metodológico de la hermenéutica profunda”:

La idea que subyace a la hermenéutica profunda es que, en la investigación social y en otros campos, el proceso de interpretación puede ser, y de hecho exige ser, mediado por una gama de métodos explicativos u ‘objetivantes’. Cuando tratamos con un campo que está constituido en la misma medida por la fuerza y el sentido, (...) es posible y deseable mediar el proceso de interpretación empleando técnicas explicativas u objetivantes. Por tanto, la ‘explicación’ y la ‘interpretación’ no deberían ser consideradas, como a veces se hace,

como términos mutuamente excluyentes o radicalmente antitéticos: más bien, pueden tratarse como momentos complementarios en una teoría interpretativa comprensiva, como pasos que se apoyan mutuamente en un '*arco hermenéutico* único' (Thompson, 1993: 305-306).

Así, la interpretación profunda "se transforma en una intervención potencial en las circunstancias mismas acerca de las cuales se formula" y "tiene una conexión interna con la crítica de la dominación: está metodológicamente predispuesta a estimular la reflexión crítica de las relaciones de poder y de dominación, y esta reflexión incluye en principio la reflexión de los sujetos que están inmersos en esas relaciones" (Thompson, 1993: 354-356). La *reflexividad* así formulada es, finalmente, la condición epistemológica y metodológica esencial para la reconstitución de los estudios de la comunicación, como lo es para ésta en cuanto práctica sociocultural.

Hipotéticamente, en este sentido, los *usos comunicativos* de los medios, telemáticos o "tradicionales", y no sus dimensiones económicas, políticas, estéticas, o propiamente tecnológicas, ofrecen una oportunidad extraordinaria para reformular y replantear ética y conceptualmente los marcos fundamentales para el estudio de la comunicación, de una manera que no fue posible consolidar cuando se extendieron socialmente otros medios, comunicacionalmente mucho más simples, como la radio o la televisión. El reto prioritario para los académicos de la comunicación, en cualquier parte del mundo, al inicio del siglo XXI, podría sintetizarse en avanzar, reflexiva y sistemáticamente, en *producir sentido sobre la producción social de sentido*.

Y ese reto, al mismo tiempo, por paradójico que parezca, debido a las urgencias y contradicciones de la "realidad social de nuestros países", tiene mayores probabilidades de ser enfrentado con éxito en América Latina que en otras regiones del planeta. La razón principal para ello está en dos características distintivas de la investigación de la comunicación latinoamericana: primero, que nunca ha prevalecido en ella el afán de cerrazón disciplinaria; desde las obras pioneras hasta la actualidad, y a pesar de los esfuerzos de legitimación de los programas universitarios de formación de comunicadores como una especialidad o incluso una "ciencia" independiente, la práctica multidisciplinaria de la

investigación de la comunicación ha sido mucho más influyente y sugerente en América Latina que su opuesto.

Por otra parte, la institucionalización de esa práctica ha sido, en comparación con otras regiones del mundo, bastante más débil y precaria. Prueba de ello es la escasez de centros de investigación formalmente dedicados en exclusiva al estudio de la comunicación. Más bien este estudio se realiza en centros multidisciplinarios o, muchas veces en contra de las prioridades institucionales, en centros universitarios y no universitarios dedicados a la formación o la "intervención" profesionales en la comunicación social. Buena parte de la tradición latinoamericana en este campo se ha cultivado, como las ciencias sociales europeas del siglo XIX, desde organizaciones de la "sociedad civil", apoyadas por organismos internacionales y la convicción de grupos muy pequeños de individuos. Cuando estos aportes han pasado a las universidades, han contribuido en mucho, además de la renovación indudable de los esfuerzos académicos, a contrarrestar la tendencia "disciplinarizante" propia de la institución académica.

En términos de Wallerstein, en el estudio latinoamericano de la comunicación hay terreno avanzado hacia la "apertura" científica y social de la investigación. Un artículo-editorial de Héctor Schmucler en la mítica revista *Comunicación y Cultura*, ya lo adelantaba en 1984:

La relación comunicación/cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente, de eso se trata: de establecer nuevos límites, de definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización eductora, se propone una complejidad que enriquezca (Schmucler, 1997: 150-151).

### Referencias:

Carey, James W. (1989): *Communication as Culture. Essays on Media and Society*. New York and London: Routledge.

Eco, Umberto (1977): *Tratado de semiótica general*. Barcelona: Lumen.

- Giddens, Anthony (1984): *The constitution of society. Outline of the theory of structuration*. Berkeley and Los Angeles: University of California Press.
- Giddens, Anthony (1993): *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Glander, Timothy (2000): *Origins of Mass Communications Research during the American Cold War. Educational Effects and Contemporary Implications*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Habermas, Jürgen (1989): *Teoría de la acción comunicativa*, Vol 1. Madrid: Taurus.
- Hardt, Hanno (1992): *Critical Communication Studies. Communication, History & Theory in America*. London and New York: Routledge.
- Jensen, Klaus Bruhn (1995): *The Social Semiotics of Mass Communication*. London: Sage.
- Lazarsfeld, Paul Felix (1941): "Remarks on Administrative and Critical Communications Research", *Studies in Philosophy and Social Science* Vol. 9.
- Martín Barbero, Jesús (1992): "Pensar la sociedad desde la comunicación: un lugar estratégico para el debate a la modernidad", *Diá-logos de la Comunicación* No 32, Lima: FELAFACS, pp.28-33.
- Martín Barbero, Jesús (2001): "Deconstrucción de la crítica: nuevos itinerarios de la investigación", en Lopes y Fuentes (coords), *Comunicación: campo y objeto de estudio. Perspectivas reflexivas latinoamericanas*. Guadalajara: ITESO/UAA/UdeC/UdeG.
- Mattelart, Armand (1995): *La invención de la comunicación*. México: Siglo XXI.

Moragas Spa, Miquel de (1981): *Teorías de la Comunicación. Investigaciones sobre Medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.

Mulhern, Francis (2000): *Culture/Metaculture*. London and New York: Routledge.

Paisley, William (1984): "Communication in the communication sciences", in Dervin & Voigt (eds), *Progress in communication sciences, volume V*. Norwood NJ: Ablex. pp.1-43.

Peters, John Durham (1986): "Institutional sources of intellectual poverty in communication research", *Communication Research* Vol 13 No 4, pp.527-559.

Peters, John Durham (1988): "The need for theoretical foundations. Reply to Gonzalez", in *Communication Research* Vol 15 No 3, pp.309-317.

Pietilä, Veikko (1994): "Perspectives on our past: charting the histories of mass communication studies", *Critical Studies in Mass Communication* Vol 11 no 4, pp.346-361.

Rogers, Everett M. (1993): "Looking back, looking forward: a century of communication study", en Gaunt (ed), *Beyond agendas: new directions in communication research*. Westport CT: Greenwood Press.

Rogers, Everett M. (1994): *A History of Communication Study. A Biographical Approach*. New York: The Free Press.

Schiller, Dan (1996): *Theorizing communication: a history*. New York: Oxford University Press.

Schmucler, Héctor (1997): *Memoria de la comunicación*. Buenos Aires: Biblos.

Schramm, Wilbur (1963): *La ciencia de la comunicación humana. Nuevas orientaciones y nuevos descubrimientos en la investigación de la comunicación*. México: Roble.

Schramm, Wilbur (1997): *The beginnings of communication study in America* (Chaffee and Rogers, editors). California: Sage.

Sewell Jr., William H. (1992): "A theory of structure. Duality, agency and transformation", *American Journal of Sociology* Vol 98 No 1, pp.1-29.

Shannon, Claude E. and Warren Weaver (1949): *The Mathematical Theory of Communication*. Urbana: The University of Illinois Press.

Thompson, John B. (1993): *Ideología y cultura moderna*. México: UAM-Xochimilco.

Thompson, John B. (1995): *The media and modernity. A social theory of the media*. California: Stanford University Press.

Wallerstein, Immanuel (coord) (1996): *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.

Wiener, Norbert (1948): *Cybernetics: or Control and Communication in the Animal and the Machine*. Cambridge: MIT Press.

Wiener, Norbert (1950): *The Human Use of Human Beings. Cybernetics and Society*. New York. Avon Books.

Williams, Raymond (1966): *Communications*. London: Chatto and Windus.

Williams, Raymond (1974): "Communications as Cultural Science", *Journal of Communication* Vol 24 No 3, pp.17-25.